

## SOBRE LOS ORIGENES DE LA GUERRA <sup>(1)</sup>

¿Cómo se nos presenta hoy el problema del comienzo histórico absoluto del fenómeno que llamamos «guerra»? ¿Cuál es la antigüedad de este terrible hecho social?

El P. Schmidt, con toda su inmensa autoridad, y en un trabajo escrito ya en la cima de su gloriosa vejez, no mucho antes de su muerte, decía: «Primero. Ningún pueblo de cultura primitiva (Ur o Grundkultur) es guerrero ni belicoso. Segundo. En ninguno de ellos se realizan guerras con grandes batallas ni graves bajas de sangre. Tercero. Las bajas no son vengadas con nuevas e inacabables guerras, sino que lo normal son buenos tratados de paz que no sólo terminan la guerra, mas, por el contrario, deben fundar amistades. Cuarto. La situación habitual no es la guerra, sino la paz, que sólo raras veces se rompe. Quinto. La venganza de sangre tampoco es un hecho corriente; la norma es un arreglo pacífico, incruento.»

Este párrafo se encuentra en la casi póstuma aportación del maestro de Mödling a la *Historia Mundi* de Kern, y es curioso —algo más que curioso— observar cómo esto que Schmidt dice desde el punto de vista etnográfico, viene indirectamente apoyado por el silencio que sobre el fenómeno bélico guardan los prehistoriadores propiamente dichos (Breuil y Clark) en esta misma obra. Pues la alusión a un muerto por flechazo en el mesolítico es insuficiente. Y más aún, que al final del mismo volumen, al hablar de la presencia de guerras y jefaturas guerreras en pueblos de «cultura primaria» (Primärkultur), no ya «originaria o primitiva» (Ur-Grundkultur), leamos esto:

«Es cosa reservada a investigaciones posteriores el aclarar si la

---

(1) Este artículo es —descargado de notas y de ciertas alusiones— un capítulo del libro *Sociología pre y protohistórica*, que será publicado por este mismo Instituto.

gran importancia de la guerra entre los indios de Norteamérica y otros pueblos del ciclo totémico, por oposición a otras culturas anteriores, se debe —así como la creciente importancia de los jefes— a influencias más modernas.»

Hemos citado estos textos por tratarse de una obra relativamente reciente —hoy en curso de publicación; el volumen I, al que pertenecen, salió en 1952— y que, por otra parte, al dirigirse al público en general y no a especialistas, no expone ninguna tesis «nueva ni revolucionaria». Es decir, que este modo de ver las cosas representa lo que hoy podríamos llamar la *communis opinio*, la línea general de la investigación. La lectura de trabajos anteriores, pero que aún conservan vigencia —como la grandiosa *Hologénesis Cultural*, de Montandon; el utilísimo *Epítome de Culturología*, de Imbelloni, y los artículos correspondientes de obras como el *Real Lexikon*, de Ebert, etc.—, y coetáneos —como *Social Evolution*, del gran Childe, etc.— nos da el mismo tono, es decir, las autoridades en la materia tienden a suponer que la guerra es un fenómeno más bien tardío. La idea de la «belicosidad natural del hombre» es —como bien vió Ruth Benedict— una superestructura de procesos de culturas posteriores y superiores. En cuanto a considerar la guerra como un resto de «salvajismo» —postura heredada del ingenuo evolucionismo spenceriano, pero que aún se encuentra muy difundida— es claramente «muestra sin valor» dé un pacifismo tan bien intencionado como indocumentado.

No creemos necesario decir que ya desde mucho tiempo, sobre todo desde el cundir del pensamiento histórico-cultural y formas conexas y, en general, desde que ha empezado a haber, en serio, ciencia etnográfica, es ya casi un tópicó esta idea de que la guerra es cosa más bien relativamente «moderna». Sin olvidar que los más profundos pensadores etnográficos del mundo clásico (un Posidonio o un Lucrecio) «sabían» también esto —y ello tanto en antiguos como en modernos— independientemente de todo juicio de valor. El pacifista ingenuo que cree desvalorar la guerra declarándola «salvajismo», y el belicista que la trata de justificar declarándola «tan antigua como el hombre», se parecen desde este punto de vista enormemente, se asemejan en desconocer los datos más seguros y las inducciones más probables de las ciencias humanas. Viceversa, se puede saber y reconocer que la guerra es un hecho «fundado», «inventado», nada «original» ni «primitivo»

(en sentido absoluto); una «adquisición», un «fenómeno histórico», independientemente de que se sea más o menos pacifista o belicista, etc.

I

Ahora bien; si esto es así, si la guerra es algo «adquirido», en cierto sentido un «invento» —y parece seguro que lo es—, habrá que preguntarse varias cosas: ¿Quiénes —se entiende qué grupo o grupos humanos— lo «adquirieron» o «inventaron»? ¿Cuándo, es decir, en qué horizonte histórico-cultural y, si es posible, en qué fecha «absoluta»? ¿Fue una sola invención difundida y, entonces, por qué vías? ¿O pudo inventarse por varios grupos independientemente? Pero antes habría que explicar qué entendemos aquí por guerra.

Evidentemente, no cualquier forma de violencia «socialmente aprobada» —según la certera expresión de Childe— es guerra. Podemos considerar como tal —este parece el consenso implícito de los antropólogos culturales— *la lucha organizada entre grupos humanos*. No un choque eventual, falta el componente «organización». Tampoco el ataque de un grupo enormemente superior en número, vigor físico y armamento a gentes dispersas y prácticamente inermes (especie de «cacería de hombres» que debió de existir desde muy antiguo, como luego veremos). Falta el factor «lucha» en sentido estricto, el desafío individual; falta el factor «grupo». Las acciones punitivas («Strafexpeditionen») se asemejan más al tipo de «cacería», y sólo cuando el grupo perseguido posee suficiente consistencia numérica y técnica y toma una actitud de defensa (o contraataque) armada se transforma en guerra, algo así como nuestras guerras civiles. Las condiciones que encontramos en los pueblos etnográficos —es decir, en los que no forman parte de ninguna alta cultura— y las que podemos inducir de los datos pre y protohistóricos nos permiten, en general, tomar como punto de partida los conceptos que acabamos de manejar, ciertamente nada originales, voluntariamente muy «tópicos» y hasta «perogrullescos».

Nos puede servir de guía inicial un denso y certero párrafo de Childe que acaso parezca un poco largo, pero cuya riqueza de pensamiento y valor de incitación hacen que merezca traducirse íntegro.

Dice así Childe :

«La Arqueología muestra documentos que nos informan sobre la guerra..., aunque no todas las armas se usaron necesariamente para matar hombres. Los cazadores las usan tanto como los guerreros. Ciertas armas del neolítico tardío... son generalmente tenidas por armas de guerra. Pero aun cuando fuesen usadas para un homicidio —como las flechas de Bretaña en el mesolítico (se refiere a un cráneo de Tèvic, evidentemente de un muerto por flechazo en la cabeza)— de ahí no se sigue que el homicidio estuviese socialmente aprobado (ni menos organizado, añadimos nosotros; puede tratarse, por ejemplo, de alguna especie de sacrificio o muerte ritual —homicidio aprobado y organizado, pero no guerra)—. Las fortificaciones, por otra parte, pueden distinguirse de las trampas de caza y considerarse como dirigidas a defenderse contra grupos humanos organizados (añadimos: por tanto, guerra en sentido estricto...). En la Europa prehistórica, las pruebas evidentes de la técnica bélica se multiplican sólo cuando aumenta la importancia de la ganadería. Esta correlación difícilmente puede ser accidental.» Hasta aquí Childe (los entre paréntesis son míos).

El mismo prehistoriador —no es necesario insistir sobre su autoridad, probablemente hoy la mayor sobre protohistoria del Viejo Mundo— reitera mucho la expresión *warlike pastoralists*, que bien podemos traducir por «pastores guerreros» o «ganaderos belicosos». Incidentalmente, las ideas corrientes de cuño literario clásico sobre lo «pastoril» como eminentemente pacífico, idílico, tipo *bergérie*, son uno de los mayores dislates etnográficos en circulación. Las «pruebas evidentes» a que se refiere Childe son, sobre todo, de dos tipos: unas apuntan a la necesidad defensiva (fortificaciones, poblamiento en lugares de fácil protección, tesorillos escondidos, etc.) que reflejan la inseguridad y que el propio Childe y otros investigadores —Sprockhoff, Gallus, Horvath— han investigado muy bien para Europa central. Por otro lado, armas propiamente bélicas, difícilmente adaptables a la caza —hachas de combate, puñales, mazas, las más antiguas espadas—, o restos de aparatos de defensa individual (cascos, escudos) o incluso posibles señales del empleo de carros de guerra y aun del caballo. Y lo que aquí dice sobre Europa el gran investigador australiano, evidentemente es visible también —y antes— en el Asia anterior. Los trabajos de los arqueólogos israelitas, por ejemplo, lo han pues-

to perfectamente de relieve, y los estudios de Kramer sobre la épica protosumeria y un análisis fino de las capas más antiguas de los Vedas (así Dumezil y Renou) demuestran lo mismo para Mesopotamia y la India.

En un extremo de este oscuro proceso tenemos los hechos citados o aludidos; en el otro, el dato —innegable— de que en la configuración de las más antiguas altas culturas —de todas, sin excepción— ha sido la guerra un factor importante. El mito, la saga, la ficción o el folklore (incluyendo en el mito sus expresiones rituales, y viendo todo ello sea en los textos sea en las representaciones artísticas) nos lo recuerdan siempre. Más o menos transfigurados —por ejemplo, como hazañas individuales o luchas entre dioses, ahí están el *Sa nagba inurru* o el *Enuma Elis*, los textos de las pirámides, etc.—, hay procesos bélicos en la fundación de las altas culturas. Todo ello compatible —y de hecho, a menudo, certeramente junto— con la idea de la más antigua humanidad como «pacífica», y con toda independencia de la valoración —caso negativa— que se dé al hecho de la guerra.

Los «primitivos actuales», por su parte, y no sólo los belicosos que, como ya vimos, son precisamente los menos «primitivos», conocen también mitos o, al menos, relatos etiológicos sobre el origen de la guerra. Un ejemplo muy interesante nos lo dan los indios wintu. Son éstos un grupo indígena del centro-norte de California, en muchos aspectos muy «primitivo» —casi Ur o Grundkultur—, pero al que, naturalmente, la vecindad con grupos más adelantados y belicosos ha obligado a preguntarse por la causa de este terrible fenómeno. Se trata de un mito —dice Schmidt— tipo «Helena». La más bella mujer de la fracción Sur, Norman, por bailar (¡sí, simplemente por ir al baile, sin más!) abandona a su marido Norbis para seguir a los grandes bailarines de la fracción Norte. Lo que origina la primera guerra, y de ahí vienen las posteriores. Todo ello no se sitúa en «el comienzo de los tiempos», sino en una época lejana, pero no «originaria». Hemos aquí en pleno ambiente «clásico», la motivación que hacía reír entre sus barbas al viejo Herodoto (¿pensaba, acaso, que «no vale la pena»? ) e hizo decir a Horacio en un verso que no nos atrevemos a traducir:

nam fuit ante Helenam cunus teterrima belli causa.

La investigación sociológico-prototológica de nuestro tiempo,

en una de sus producciones más valiosas, ha repristinado, en cierto modo, la imagen del romanticismo historicista y «arianista» (no la del «buen salvaje») de los pastores guerreros o de los heroicos cazadores superiores que toman posesión de un terreno desierto, o poblado por misérrimos sobrevivientes de un estadio recolector. Preferentemente se piensa en guerreros de uno y otro tipo —pastores o cazadores superiores o acaso especializaciones marítimas de cuño «vikingo»— que conquistan zonas de agricultura de azada y cría de animales pequeños —cuya estructura sociológica es, al parecer, la aldea, más o menos «democrático-matriarcal»—, o incluso tierras de «labradores» (producto, éstos, a su vez, de complicados procesos en los que no está ausente la violencia). Los conquistadores «fecundan» la más pacífica cultura conquistada y dan lugar al nacimiento de «ciudades, reinos, imperios». Esto es muy esquemático y, sin duda, se presta a fuertes objeciones; nadie lo ignora. Pero cuanto creían saber las más antiguas altas culturas, y cuanto la Arqueología, la Lingüística y la comparación etnográfica nos permiten pensar hoy, hace suponer que, entre otras cosas y no *semper nec ubique*, pero sí a menudo y en muchos lugares, algo de eso hubo. Y las necesidades defensivas —como han observado Pía Laviosa-Zambotti para el Asia anterior y Childe para la Europa prehistórica— también contribuyeron a configurar estructuras sociales más amplias. Después de todo, ahí está el nacimiento de la Monarquía israelita. Y hasta el desacreditado verso de Voltaire, del que tanto —y con razón— se befa Caro Baroja:

*La premier qui fut Roy fut un soldat heureux*

Hasta este pequeño verso tiene su parte de verdad.

La guerra se nos presenta como un fenómeno que ya «está ahí» —como le gustaba repetir a Ortega—, en el nacimiento mismo de las altas culturas y como algo —por otra parte— que ha habido que «adquirir» o «inventar», que no es, sin más, connatural al hombre. Volvamos a las preguntas anteriores: ¿Quién, cuándo, cómo lo «inventó»?

Citemos de nuevo a Childe:

«La Etnografía nos enseña que —aparte el asesinato, que es socialmente cosa condenada— hay muchas variedades de homicidio admitido. La «caza de cabezas» difícilmente puede ser llamada guerra (añadimos: entra en la «caza del hombre», lindando sea con lo «sacrificial», sea con lo «penal», y teniendo a veces un

valor de «prueba»), y tampoco las venganzas de sangre (añadimos: entran en lo penal)... Además, los etnógrafos están de acuerdo en que las guerras raramente se producen entre pueblos recolectores («food gatherers» = recolectores y cazadores-pescadores) o agricultores elementales por motivos económicos..., pero sí entre pastores o agricultores superiores (añadimos: y cazadores superiores) para adquirir ganado o esclavos. Incluso para adquirir prestigio o por otras razones «antieconómicas» se han emprendido guerras completamente serias, sobre todo entre los indios de Norteamérica.» Hasta aquí, Childe (como antes, los entre paréntesis son míos).

Si añadimos a esta inducción etnográfica la escasez de habitantes en los períodos propiamente prehistóricos (ya Thurnwald llamó la atención sobre este hecho elemental, y Childe suele decir: «el hombre fué durante cientos de miles de años un animal raro»), y si tenemos en cuenta que las armas etnográfica e históricamente especializadas para la guerra no son detectables en las épocas más antiguas, podemos reiterar nuestra primera opinión de que la guerra es algo relativamente tardío, «adquirido», «inventado», trataremos de contestar por qué Menghin llama «prehistoria especulativa» a las preguntas sobre el por quién, cuándo y cómo.

## II

Partimos de un esquema de 500.000 (medio millón) de años de existencia del hombre sobre la tierra, y consideramos dividido esto en: arqueolítico (los primeros 400.000 años, hasta la última glaciación, culturas de estilo «premusteriense», hombres de tipo arqueoantrópico o preneandertaloide). Paleolítico medio (los 70.000 años siguientes, última glaciación hasta el último interstadial, culturas «musteroides» y conexas, hombres de razas paleoantrópicas, neandertaloides y protosapiens). Paleolítico superior (último estadio de la última glaciación, los 20.000 años siguientes, culturas auríño-soluto-magdalenoideas y conexas; arte, hombres neoantrópicos —cromañoideas, chanceladoideas, grimaldoideas, combe-capeloideas—).

Mesolítico (epiglaciar, desde hace unos 10.000 años, en algunos lugares pervivencia etnográfica hasta hoy, con dos ramas: una progresiva y otra regresiva; *homo sapiens sapiens*, el actual). Neolítico o «agrario» (aparición de la «producción» —cultivo y cría—

frente a la anterior «recolección» —caza, pesca— y todo el complejo que va de la cerámica al comienzo del metal, pasando por el tejido, etc.; desde hace unos 8.000 ó 6.000 años hasta la aparición de la cultura y, en realidad, como pervivencia etnográfica o folklórica, incluso hasta hoy mismo).

Llamamos Protohistoria (o Paleo-etnografía) al horizonte cultural constituido por pueblos cuyo nivel es o mesolítico progresivo o neolítico injertado con elementos de alta cultura, por ejemplo: metal, rueda, en mayor o menor grado, pero sin llegar a constituir por sí otra alta cultura. Desde hace unos 5.000 años, hasta la expansión mundial de la civilización occidental. Así, todo lo que llamamos (mal, desde luego, como señala Childe) edades del Bronce y del Hierro.

Para aclarar esto al lector español diremos que nuestro Neolítico y nuestra Protohistoria (para las fases anteriores se puede aplicar sin más el esquema que acabamos de enunciar) cubren respectivamente: Neolítico, ca-3.000-2.000, y Protohistoria: Bronce Mediterráneo, ca-2.000-1.000; Bronce Atlántico, ca-1.000-650; Hierro (céltico, ibérico, celtibérico), ca-650-38 año de comienzo de la «Era Hispánica». (Señalamos con el ignso [-] las fechas anteriores a la Era Vulgar.)

Por último llamamos pueblos «etnográficos» propiamente dichos a los que, sin pertenecer a ninguna alta cultura (alta cultura es el tipo de sociedad humana que Toynbee llama «civilización») sobreviven y coexisten con ésta en nuestro tiempo, es decir, desde la gran expansión peninsular de fines del siglo xv hasta hoy.

Estas precisiones eran necesarias y, una vez hechas, creo poder resumir la situación actual del problema de cómo, cuándo, por quién fué «inventada» o «adquirida» la guerra, en las siguientes proposiciones, cuyo carácter es absolutamente hipotético —falsamente compensado, ¡ay!, por su rígida apariencia dogmática—:

1.º En el arqueolítico —los primeros 400.000 años— nada de guerra. Ni cosa remotamente parecida. La escasa densidad de población, la necesidad de vivir en perpetua defensa frente a una naturaleza poderosamente hostil, la dificultad de contacto entre unos grupos y otros, todo hace muy difícil la existencia de lucha organizada. Para esta larguísima y remota época no podemos invocar testimonios etnográficos, ni siquiera paleoetnográficos. No obstante ciertas ilusiones, es claro que ni nuestra alta cultura ni las coetáneas o anteriores (China, India, Islam, Antigüedad Clásica

o «Edad Media» romano-germánica y eslavo-bizantina, ni siquiera las más antiguas altas culturas: mesopotamia, egipcia, minorasiática, siria o persa) han encontrado en ningún lugar ni arqueoantrópodos vivientes ni culturas premusterienses con vigencia. Pero el testimonio arqueológico —único válido, pese a su deficiencia— para ese tiempo no nos permite suponer lucha organizada. Algunos restos —como los del discutidísimo *Sinanthropus* u *Homo pekinensis* de Fu Ku Tien— pueden, quizá, hacer suponer una especie de «caza de hombres», y aun esto es dudoso. Pero nada más. Los 400.000 primeros años fueron —al menos así me parece— no ya de «paz» (constante lucha contra la naturaleza hostil, etc.), pero sí de «pre-guerra». Y esto no tiene nada que ver con una idea de «buen salvaje» (otro dislate análogo al de la *bergérie*), sino con la misma pobreza y escasez y desamparo del hombre. No es que fuese tan «bueno» que *no* guerrease. Es que era tan débil y tan pobre que *ni* podía permitirse el lujo de guerrear. Y tampoco hay por qué implicar aquí cuestiones teológicas; este hombre —en todo caso— o no pertenecía a nuestra humanidad o, si pertenecía (como me inclino a creer), ya estaba tocado por el pecado original.

2.º En el paleolítico medio —los 70.000 años siguientes— pasaron cosas muy importantes. Es la época a la que pertenecen los más antiguos restos interpretables, como «religión» o cosa parecida, y no faltó progreso material (el horizonte «musteroide»). Los tipos humanos eran ya paleo-antrópicos, neandertaloides y protosapiens, y nadie puede dudar que fuesen «hombres». Pero no hay material etnográfico ni paleo-etnográfico que utilizar; tampoco quedan ni han quedado a la vista de ninguna alta cultura paleo-antrópodos ni musteroideos (los tasmanios son una pista falsa, mucho más los pigmoides), y el material arqueológico, tan enormemente interesante desde el punto de vista de la familia (Spy, La Ferrassie, etc.), los comienzos del «mando» (Samarcanda) o la religión (*Drachenloch*) e incluso la «hazañosa» y la capacidad de empresa humana (*Wildkirchl*, *Petershöhle*, etc.), no nos da ninguna señal de guerra. Ni estructuras fortificadas ni armas defensivas o de lucha a corta distancia. También la presión natural era fuerte, y las grandiosas hazañas —penetrar en el glaciar, cazar osos en las cavernas alpinas— absorbieron, sin duda, toda la energía; no quedó fuerza para guerrear ni, probablemente, había con quién. (No se excluye la «caza de hombres», pero ya dijimos que este es otro asunto.)

3.º La riquísima vida espiritual y la fértil inventiva técnica

del paleolítico superior son bien conocidas. La azagaya y el propulsor, las trampas de caza más complicadas, el arco y la flecha y, seguramente, la honda, acaso el boleador y el bumerang (aunque estos dos inventos nos inclinaríamos más bien a situarlos en la facies progresiva del mesolítico), la aguja y todo lo que ella representa de mejora en el vestuario —la primera representación de hombre vestido, la de Anglés sur l'Anglin es de esa época; también seguramente las de Malta, Siberia—, el arpón y el anzuelo —acaso la red—; las lámparas, todo revela una densidad de invención técnica fabulosa. En el orden espiritual, ahí está el arte con todo lo que es directamente y lo que supone de creencias y destrezas y organización. Sin duda, la humanidad aumentó enormemente de modo relativamente rápido; la duración de la vida humana —Vallois ha visto esto muy bien— lo alargó. Una alimentación más completa y racional, mejor protección contra el clima, etc., lo explican.

Los hombres que emergen en esta época, los neantropidos —Cromañón, Chancelade, Combe, Capelle, incluso Grimaldi—, son más numerosos, más fuertes, más inteligentes, mejor equipados —añadir a todo lo dicho el comienzo de cestas, bolsas, recipientes de corteza, quizá balsas y piraguas— y ocupan más terreno y con mayor densidad —como han calculado, por ejemplo, Leroi-Gourhan para Francia y San Valero para España—. Hubo —lo ha reconstruido de modo emocionante Jensen— una profunda vida religiosa. Todo ello movió a un historiador de la talla de Grousset a proponer que la «Prehistoria» termine y la «Historia» propiamente dicha empiece justamente en esta época y no después; ni con la «agrarización» (idea ya iniciada por el gran Eduardo Meyer) ni con la aparición de los primeros documentos escritos, idea tópica y escolar.

Pues, bien: ¿podríamos suponer que el fenómeno bélico nació en esa época? La densidad de población en algunos lugares (aunque sólo en algunos lugares) haría quizá posible la guerra. El desarrollo del armamento y la más fuerte organización contribuirían a su nacimiento. Hay aquí, sin embargo, algunos problemas muy delicados.

En cuanto a la Etnografía, ¿existen hoy pueblos que puedan «atestiguar» —aunque, naturalmente, no intactos— una situación paleolítica superior? La presencia de guerra entre éstos, ¿es segura?, y, en este caso, ¿sobrevivencia paleolítica o adquisición poste-

rior?, etc., etc. He aquí unos cuantos temas difíciles. Por otra parte, —y en esto que ahora se dirá coinciden todos— ni el arte, tan rico y expresivo, del paleolítico superior, representa nada que pueda tener que ver con la guerra (algunas interpretaciones de Lascaux en ese sentido son pura arbitrariedad sin más), mientras que, en cambio, caza, danza, cierto tipo de pesca, incluso vida familiar, naturalmente religión y, probablemente, juego y broma, son detectables en ese grandioso tesoro artístico. Y, además, las armas que la Etnografía y la plena Historiografía (comprendiendo la Paleoetnografía o Protohistoria) dan como más guerreras armas de lucha a corta distancia y armas defensivas— faltan por completo en el equipo del cazador paleolítico. Todo ello nos hace mover en un clima altamente inseguro.

Pudo haber al principio una especie de «cacería de hombres». Los pobres neandertaloides supervivientes, marginados, viviendo en una especie de suburbio —creemos que Leroi-Gourham ha visto agudamente esto— pudieron en algún caso ser exterminados, y si los discutidos restos de Krapina (Yugoslavia) que fueron interpretados como una «batalla» —algo así también en Predmost (Checoslovaquia)—, y no son, sin más, resultado de una confusión en excavación mal hecha o cosa parecida, pueden representar una de tales cacerías. Pero el desnivel en número, vigor físico y psíquico, armamento y cohesión social entre los cazadores superiores cromañoides o similares y los miserables supervivientes neandertaloides era tal, que propiamente aquí, como acaso en Fu Ku Tien (si bien por razones diversas), se puede hablar de «cacería», a lo sumo de «expedición de castigo», pero aún no de guerra.

Resumiendo, creemos que en el paleolítico superior no hubo todavía guerra. La «distancia» del hombre frente a la pura naturaleza, el armamento, la misma densidad de población —en algunos lugares— pudieron hacerla posible; pero otros factores que no conocemos bien —por ejemplo, la abundancia de caza, «paraíso del cazador», y el mismo desarrollo técnico (pesca, recolección, conservación de alimentos, etc.)— y quizá factores espirituales que en gran parte se nos escapan —lo que llama Jensen las «grandes revelaciones religiosas» de esa época— lo inhibieron.

(No obstante, como a veces los no especialistas ven más claro, las reflexiones sobre esas «cacerías» como posible guerra, en el agudo libro del periodista inglés Veale, *El crimen de Nürenberg*, deberían ser tenidas en cuenta.)

4." El mesolítico regresivo no nos permite suponer nada. No creemos que hoy queden verdaderos mesolíticos regresivos vivientes; los que parecen serlo, como algunos de los pueblos en vías de extinción del extremo Sur de América (en el horizonte de Ur o Grundkultur, de Schmidt-Kern) son más bien pueblos deculturados desde un nivel mesolítico-progresivo. Los testimonios paleo-etnográficos sobre pueblos de esta especie (así los ictiófagos en Arriano) no los conocemos bastante bien. De todos modos, la escasa documentación, tanto arqueológica como etnográfica, nos inclina a pensar, acaso por pura simetría mental, en una regresión a la «paz» (o, mejor, «preguerra») del paleolítico medio o hasta del arqueolítico, dado que esta «paz» se hubiese roto en el paleolítico superior.

En cuanto al mesolítico progresivo, la cosa es completamente distinta. Comparemos las reconstrucciones de ese período tal como han sido magistralmente realizadas por Clark, con lo que sabemos de los pueblos actuales de tipo «totémico» o cazadores superiores estudiados por Baumann para Africa, o Haeckel, Zelenin y otros para Asia, o Ruth Benedict para la costa Noroeste de América, o Petri, Elkin y Berndt para Australia, etc. Tengamos en cuenta muchos rasgos de su vida espiritual, como lo ha hecho profundamente Jensen, y leamos algunos de los más brillantes y geniales reconstrutores de la Protohistoria indoeuropea, como Dumezil o Hubert. No podemos sustraernos a la impresión de una afinidad profunda de ciertas ramas muy progresivas del mesolítico con los pueblos citados. Toda la rama de desarrollo, sublimación de la gran caza en sociedades regidas por los hombres lo que el Padre Schmidt llama «la sociedad andriarcal de cazadores superiores», diferenciándola de la «patriarcal de pastores» y de la «matriarcal de plantadores», todo esto nos da la impresión de que ahí precisamente nos hallamos en el hogar originario de las formas de violencia colectiva socialmente aprobada que, si no son aún la guerra propiamente dicha, van a ser su germen.

Tratemos de resumir nuestras hipótesis —son sólo hipótesis— en este sentido:

a) La gran caza con arco y flecha y otros instrumentos como el bumerang y la honda, y ya con el perro, la pesca marítima, incluso de ballenas; la actividad forestal y, en cierto modo, minera; las primeras oscuras tentativas de lo que será luego la «agrarización», el comercio a distancia, todo esto (en relación con ello, la

navegación de altura, al menos relativamente) parece indudable, después de las reconstrucciones de Clark, que existió en la fase a que nos referimos, y todo ello da la sensación de una gente muy emprendedora, dinámica y relativamente especializada.

b) Todo lo que llama Schmidt «Primärkulturen» en general, muchos de los componentes (mitos, juegos, ciertas estructuras sociales de pueblos pastores o cultivadores de azada, residuo de pueblos protohistóricos) nos da una imagen que podemos lícitamente suponer que conserva o repite muchos rasgos de esa facies progresiva mesolítica y de sus prolongaciones en el neolítico.

c) Las inequívocas escenas de guerra de nuestro arte levantino (también algo así en cuanto a las de tentativa de doma de animales o de cultivo, pero esto es otro cantar) nos plantean un problema análogo al que Narr señala para los «totémicos actuales». Es decir, si se trata de un desarrollo propio de esa cultura o de una «influencia» más moderna —en este caso, neolítica—. Lo mismo se puede pensar de los posibles emblemas de «jerarquía» (y Narr lo apunta en cuanto a las «jefaturas» amerindias) y la escena interpretada como «sacrificio humano», acaso como «pena de muerte», en la pintura de la Cueva Remigia (recordar el cráneo «flechado» de Teviec). Todo el conjunto de pinturas del Maestrazgo es, a este respecto, ejemplar.

d) Una serie de «recuerdos» vivos en las sagas y mitos de fundación de altas culturas o en la religión, el derecho o el lenguaje de los pueblos protohistóricos, incluidos los fundadores de aquéllas, parecen apuntar —por encima o a través de un horizonte «agrarizado», sea éste cultivador o ganadero— a sociedades o elementos sociales de cazadores superiores, de los cuales —precisamente— puede emerger una parte de la dimensión guerrera (así emblemas, organizaciones de «edad» o «sociedad de varones», etc.) de los pueblos en cuestión. Moret había visto esto —aunque exagerándolo e interpretándolo de un modo algo ingenio y rígido— en cuanto a Egipto; Dumezil, en cuanto a los indoeuropeos en general (ya, Hubert, en cuanto a celtas y germanos); Renou, en cuanto a indios. Los brillantes —a menudo muy fantásticos, pero no despreciables— estudios de la escuela húngara (Horvath, Gallus, etc.) respecto al más antiguo pasado del propio pueblo magyar; los de Kramer sobre la épica protosumeria (se podrían detectar huellas hasta en el «Salnagba inurru» o *Gilgamesch*) y las serias reflexiones de Trimbom sobre la dinámica «ca-

zador superior»-«plantador» entre amerindios, donde por faltar el componente «pastor», las altas culturas se engendraron de este modo, apuntan también hacia ahí. Los ejemplos podrían multiplicarse.

e) Se ha señalado, con razón —por Rüstow, entre otros—, que casi nunca se encuentran culturas de «plantadores puros», sino mezcladas con elementos de cazadores precisamente totémicos. El fecundo instrumento conceptual que es la idea schmidtiana de «andriarcado» podría orientarnos por ahí. Ahora bien, Schmidt descuida —intencionalmente— la cronología y deriva de los elementos de la familia nuclear en la cultura originaria, las tres direcciones siguientes: del padre, la cultura pastoril patriarcal; de la madre, la agrícola matriarcal; del «joven hijo vigoroso», la de cazadores superiores andriarcales. Creemos que es más en el mesolítico progresivo que en el posterior neolítico agrarizado, donde esta tercera forma (la más antigua) tiene su arranque.

Lo oscuro de la cronología mesolítica y de su relación con la aparición de las primeras formas de agricultura, ganadería, cerámica, etc., y lo difícil —a su vez— de los problemas relacionados con estos decisivos inventos, oscurecen aún más la cuestión.

5.º En el horizonte de la agrarización podemos seguir dos líneas (ya que la tercera en su formulación, la del «hijo vigoroso, cazador superior andriarcal», no es propiamente «agrarizadora» y, además —ya lo hemos dicho—, nos parece más antigua).

a) La línea de agricultura de azada —plantadores—, cuya forma social parece ser la comunidad de aldea, probablemente «democrática», sobre una familia de cuño matriarcal. No creemos que esta sociedad sea originariamente guerrera. Se opone esto, ciertamente, a la imagen etnográfica del «belicoso agricultor de azada» —según la feliz expresión de Imbelloni—. Pero nos hallamos claramente ante uno de los casos en que la Etnografía *no* refleja exactamente las condiciones de la Prehistoria (de hecho, casi nunca las refleja exactamente) y ello por dos motivos muy importantes. Los actuales agricultores de cuño neolítico se hallan a menudo amenazados por cazadores superiores o por pastores guerreros —o hasta por altas culturas, recuérdese la caza de esclavos negros en África por occidentales y musulmanes— y reobran haciéndose belicosos —Childe y los investigadores soviéticos de la cultura agrario-matriarcal del neolítico europeo y pónico-arálico suponen, con gran verosimilitud, cosas parecidas—. Y, por otra parte, los com-

ponentes masculinos jóvenes, ya por heredar tradiciones «andriarcales», ya por imitarlas de pueblos en torno, ya por una respuesta al ahogarse en una sociedad cerrada y poco ágil, «andriarcalizan» y «militarizan» la sociedad matriarcal, originariamente pacífica. Sobre este carácter originariamente pacífico, el estudio del neolítico europeo, soviético y asiático concuerdan de un modo tan impresionante que no ha lugar a dudas. Köln-Lindenthal, Tripolye y Tell Hassuna son demasiado para ser «pura coincidencia». Recordemos de nuevo lo de Childe: «las pruebas de técnica bélica se multiplican cuando aumenta la ganadería».

b) La línea patriarcal-pastoril, aunque estas dos palabras, «patriarcal» y «pastoril», nos den un vago sabor «idílico» (otro dislate), son reconocidamente guerreras. Y aquí no hay que hacer demasiadas hipótesis. Los textos más antiguos y venerables, la lingüística, la observación etnográfica, todo coincide. Protosumerios, semitas más antiguos, indoeuropeos, uroaltaicos en el sentido más extenso —desde la fundación de China hasta Tamerlán— han sido pueblos terriblemente belicosos, conquistadores, «pastores de hombres», como dice, revigorizando una viejísima metáfora, Toynbee. Esto lo tocamos tan con la mano en tantos lugares, que no es preciso insitir. Que estos pueblos llevan encapsulado un componente anterior de cazadores totémicos andriarcales, es posible en muchos casos —indoeuropeos, semitas, por ejemplo—. Y casi seguro en otros —egipcios más antiguos, prototurcos y sus sucesores—, pero este es otro cantar. No olvidar que esto, en sí y por sí, es independiente de cómo planteemos y resolvamos el problema de la invención del pastoreo. Y no dejar abierta la interrogación sobre si es pura coincidencia que la única zona amerindia que se alzó a verdadero Imperio sea también la única que pastoreó, el Tahuantinsuyu, cuya última fórmula, el «estado mundial» incaico, aún hallaron vivo los españoles.

Además, procesos de estratificación social de «noblezas» pastoriles sobre «plebes» agrícolas llegaron a interferir en el siglo XIX africano con la expansión del hombre occidental —concretamente, Cettewayo, el último ejemplar de esa especie, fué batido en 1879 por el general victoriano Wolseley—. Con razón atribuye Rüstow a este tipo de pueblos el «origen de los señoríos» para el viejo mundo —en América fueron los cazadores superiores andriarcales; para Oceanía, los navegantes polinésicos—, y con razón los llamaba el P. Schmidt «fundadores de las aristocracias y de las dinastías».

Y de ahí nacen las altas culturas.

6.º El horizonte propiamente «protohistórico» y en cierta medida el «etnográfico») presentan, en ésto como en todo, una doble dimensión. A veces la guerra, es en ellos, la continuidad de lo mesolítico progresivo; otras, de lo pastoril-patriarcal; otras, de la «andriarcalización» o «militarización» del horizonte agrario-matriarcal al contacto y como defensa contra los otros dos. Pero también —y esta es la segunda y más grave dimensión— es un contagio de altas culturas, bien muy directo: empleo de armas de fuego o de caballos por los amerindios en sus luchas de los siglos XVII a XIX; bien indirecto y muy retardado —las corazas helenísticas y las armaduras «sarmato-escitas» del Rey de Bornú en el siglo XIX, los carros de guerra («essedas») de los britanos del tiempo de César—. Restos de un horizonte anterior, por el contrario, serían, como ha visto muy bien Hubert, las «cabezas cortadas» de los celtas (un claro residuo mesolítico) o el uso de la copa-cráneo por el Rey de los lombardos en la terrible saga de Rosamunda (que, por cierto, originó uno de los mejores dramas románticos españoles hoy totalmente olvidado, *La copa de marfil*, de Zorrilla).

7.º Habrá extrañado, quizá, que al hablar del horizonte «matriarcal» no hayamos hablado de las amazonas. Creemos que, en la medida en que las diversas sagas sobre amazonas tienen un fondo real, y en la medida en que la Etnografía nos presenta fenómenos de este tipo, no es un hecho propio del horizonte agrario-matriarcal de aldea. Es, o una «andriarcalización» —en la línea «cazadores con arco»— de grupos femeninos, o incluso una refracción «bárbara» de hechos de alta cultura, o una «transcripción» femenina de datos del horizonte patriarcal-ganadero, o mezcla de varias cosas. Así, las amazonas de la tradición griega parecen combinar datos diversos —de los tres tipos indicados— y no tener nada de específicamente matriarcal (lo mismo ocurre, en general, con todos los fenómenos de «ginococracia», pero esto ya desborda los límites de este capítulo).

### III

Si no «conclusiones» —ya se ve que no es posible— ¿podemos, al menos, señalar algunas posibles respuestas a las reiteradas preguntas sobre el quién, el cuándo, el cómo? De modo aún mucho

más hipotético que todo lo anterior, podemos construir un «modelo» de lo que nos parece más posible que haya sucedido.

1.º De actividades tales como la caza, la pesca de altura, el comercio a distancia, busca de maderas o minerales lejanos, etcétera, surgen tipos de agrupación de cuño «andriarcal». Hay comienzos de «jefaturas» más o menos «ocasionales e informales» acaso hundan su última raíz en algún arquetipo de «gran cazador» más antiguo —como el «joven de Samarcanda», cuyo descubrimiento ha sido un mérito innegable de la Arqueología soviética— parece haberse ido organizando en el «mesóítico progresivo»; todo esto, gérmenes, como se ve, remotos, hasta musterienses.

2.º Formas de competición deportiva u ostentatoria —«potlatch»—, acciones sacrificiales o punitivas dentro o fuera del grupo, desafíos judiciales, la más antigua institución de la «caza del hombre», antropofagia, caza de cabezas, con toda su enorme complicación espiritual pueden ser otra de las fuentes del fenómeno bélico. Recordemos que la caza de cabezas está perfectamente atestiguada en Offnet y que algunas de nuestras pinturas de Levante (cueva de la Vieja) parecen indicar algo así como la «caza del hombre». Antropofagia, para esta época está atestiguado precisamente para la zona más progresiva de Europa, hablamos antes de una posible «ejecución» o «sacrificio humano» (quizá entonces no diferenciados) en una pintura española.

3.º Por una serie de procesos de intensificación, especialización, etc., todo esto se consolida, diversifica y diferencia a lo largo de la fase progresiva del mesolítico y en el horizonte mismo de la agrarización, hasta constituir otro ciclo institucional distinto, la guerra propiamente dicha. Esta consolidación, diversificación, especialización-individualización, institucionalización, en suma, parece haberse desarrollado según tres líneas:

a) Como razzia ofensiva a distancia, en busca de botín, derivando finalmente a guerra de conquista (forma más bien propia de pueblos pastores).

b) Como especialización penal y mágico-religiosa (venganza, caza de cabezas, antropofagia, expedición de castigo). Esta forma nos parece más propia de la línea «andriarcal» y de las formas «andriarcaloides» que viven dentro de un ambiente de agricultores matriarcales.

c) Como simple defensa o contraataque en respuesta a alguna

de las actividades anteriores. Más propio de las aldeas de agricultores matriarcales.

Las formas «marítimas» más antiguas parecen participar de a) y de b).

De estas tres líneas (comprendida la especialización marítima y las versiones «femeninas» «amazónicas»), el tremendo hecho refluye a su vez hacia comunidades más retrasadas —recuérdese el mito, antes citado, de los indios wintu— y, después, desde altas culturas, a pueblos «protohistóricos», etc., complicando aún más la técnica y la ética y la mitología de la guerra.

4.º ¿Quiénes fueron los iniciadores del proceso? No podemos contestar con certeza; parecen haberlo iniciado európidos de diversos tipos ¿Cuándo? A lo largo del «mesolítico progresivo» y de la «agrarización». ¿Dónde? Por lo menos en Europa, desde el actual Báltico al Maestrazgo, acaso en más sitios (por el Norte hasta Siberia, por el Sur hasta Africa y acaso más). ¿Fue un invento único? Y, entonces, ¿por dónde y cómo se difundió? No lo sabemos, pero, en conjunto, pensamos que no fue «inventado» de golpe por un solo pueblo y en una sola comarca, sino «producido» por varios grupos, y que no habría difusión en bloque de un «producto» bien definido, sino un complicado proceso de difusión hasta que, al brotar las altas culturas más antiguas en la vasta área entre el Nilo y el Indo, entre unos seis mil y unos tres mil años antes de nuestra era, adquiere las características plenas —técnicas y espirituales— de la guerra en toda su amplitud, y que de ahí, se difundiese ésta como un componente del mundo histórico de las altas culturas, en todas direcciones.

En cuanto a América, el proceso parece haber seguido un desarrollo análogo (a través de su propio meso y neolítico) hasta llegar a la alta cultura —y ello cualquiera que sea nuestra opinión sobre el «origen» de las culturas medias y altas amerindias—. Oceanía —por su parte— se nos presenta como una prolongación especializada de los fenómenos del Viejo Mundo.

CARLOS ALONSO DEL REAL